

NICOLÁS MAVRAKIS

El amor  
amenazado

Página 2



JUAN MAISONNAVE

Informe sobre  
el parque  
humano

Página 3



LUIS MEY

El sigilo  
de la belleza

Página 4

télam  
AGENCIA NACIONAL  
DE NOTICIAS

SLT

WWW.TELAM.COM.AR

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 5 | NÚMERO 257 | JUEVES 3 DE NOVIEMBRE DE 2016

## El Houellebecq que viene

El escritor francés  
Michel Houellebecq visitará  
la Argentina en pocos días.  
Aquí repasamos su obra  
y su figura, a la espera  
de lo que vendrá.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.ahra.com.ar](http://www.ahra.com.ar)

La muestra "Pallets de vida", una iniciativa de la ONG Proyecto Pura Vida, que vincula arte con el compromiso social basada en el uso de materiales reciclables empleando el pallet de madera como soporte de la obra, se inaugurará el 16 de noviembre en la ciudad de Buenos Aires. "La propuesta no es solo contagiar y compartir arte, sino que además se suma a una iniciativa solidaria

impulsada por la ONG, con el fin de contribuir con una causa social", dijeron los organizadores. Nik, Milo Lockett, Fabiana Cantilo, Amalia Arnoedo, Benito Fernandez, Martiniano Arce, Liniers, exponen toda su creatividad y talento. Lo recaudado se destinará a la creación de "Casa Debra Argentina", con el fin de favorecer la calidad de vida de niños con piel de cristal de todo el país.



→ NICOLÁS MURRÁS

El poeta, novelista y polemista cuestiona la igualdad (o la desigualdad) entre los feos y los bellos, entre otras cuestiones no menores. La respuesta está en sus libros.

**M**ichel Houellebecq fue poeta antes de convertirse en novelista. Y si los poetas se ocupan de pensar y retorcer el lenguaje con el cual el mundo cobra sentido, entonces Houellebecq, como sostuvo hace poco el diario alemán *Der Spiegel*, es el gran poeta de nuestra época, aún si sus libros más famosos están escritos en prosa. Pero, ¿cuál es nuestra época? La pregunta es importante si consideramos que la obra que la interroga pertenece a un autor francés cuyas palabras resuenan, con la misma fuerza, en Berlín, Tokio o Buenos Aires. Y esa pregunta, también, es la que Houellebecq se repite en cada uno de sus libros desde *Ampliación del campo de batalla* (1994) hasta *Sumisión* (2015). ¿Pero cuál, entonces, es nuestra época? Para Houellebecq la esencia de esa cuestión está —como para muchos otros intelectuales interesados en pensar el presente desde áreas no solo literarias— en la relación entre lo que hemos sido hasta ahora como humanos y lo que podríamos llegar a ser. Y bajo ese abanico es que se despliegan asuntos que, como el sexo, la ciencia, el turismo, el arte y la política, resultan atravesados por el hilo común —a veces invisible, a una búsqueda de confort disipada por el ruido de la guerra— de un mundo capaz de trascender esa vida cifrada en la metáfora del "mundo como supermercado", corre el riesgo de apagarse.

El debut como novelista en *Ampliación del campo de batalla*,



## El amor amenazado

por ejemplo, significó para Houellebecq la posibilidad de colocar sobre la mesa las cartas del deseo tal como empezó a experimentar desde finales del siglo XX. Y el cuadro no fue halagador: aquel supervivió de sexo que los movimientos libertarios de los años sesenta había celebrado como emancipador, había cristalizado finalmente en un peligroso déficit de amor. Es decir, en una "profesionalización" del sexo atrapado en un circuito en el que, como se ocupa de explicar el protagonista de la historia, el esquema económico que hasta entonces dividía al mundo material entre ricos y pobres se había replicado, de modo casi inevitable, en el territorio de los cuerpos. ¿Dios libesem, por supuesto, pero no así con el amor. ¿Por qué?

der al placer: los feos no van a tener lo que bellos tienen, y el resentimiento hará su trabajo. A partir de ahí, Houellebecq empezaría también a sembrar la reputación más o menos accidentada de "provocador" y "polemista" más allá de las páginas de sus libros y no solo la categoría inefable de "best-seller". En ese sentido, sin embargo, es cierto que eso que Houellebecq percibió hace ya más de veinte años deambula todavía entre las mejores y las peores conciencias: ¿son los bellos y los feos realmente iguales, aunque la corrección política enuncie la igualdad? ¿Qué significa para la belleza ser confrontada por la fealdad? ¿Y cómo resuelve la fealdad —cómo resuelven los hombres y las mujeres no bellos— el amor en un mundo que se adecua a las condiciones de su existencia? En el plano de la ciencia ficción, Houellebecq llevó el asunto a un horizonte más complejo al proponer como solución la respuesta científica. ¿Y si la ciencia fuera capaz de igual-

arnos al apaciguar nuestros dramas eróticos? Si pudiéramos clonarnos, si pudiéramos hacer que la especie humana diera un paso más allá de lo conocido para, al mismo tiempo, evitarse los dramas de la existencia, ¿en qué se transformaría el amor? Ese es el asunto de su más famosa novela, *Las partículas elementales* (1998).

Para Houellebecq, entonces, el amor —en su azar, en su trascendencia, en su potencia para cambiar el mundo— es la fuerza más amenazada por un mercado que pretende convertirla en mercancía y por una ciencia que pretende convertirla en fórmula. ¿Pero qué significa que el amor pueda transformarse en una mercancía? De eso trata *Plataforma* (2001). Ambientada en Tailandia, uno de los países más pobres del mundo,

rismo sexual del mundo —y donde se congregan clientes provenientes, sobre todo, de los países desarrollados—, esa novela coloca otra vez la cuestión del amor ante el espejo negro del deseo. Pero no se trata de condenar la prostitución ni condenar el sexo: de lo que se trata —y lo que, una vez más, sumerge a Houellebecq en la "polemica"— es de preguntar qué es aquello que ofrece Tailandia que no puede adquirirse en otros lados. Ahí se desmida, entonces, el problema de los hombres "aterrorizados" por las mujeres que, convencidas de que una carrera profesional es más importante que una familia, están dispuestas a enfrentarlos, usarlos y olvidarlos. Una vez más, sugiere Houellebecq, el desencuentro de los sexos y las aspiraciones legítimas de igualdad resultan contaminadas por el provecho inmediato del mercado (a pesar de explotar a unos y a otros en unas y otras circunstancias). El borramiento de las diferencias entre los sexos y la consecuente atrofia (al menos aparente) del amor es el tema de *La posibilidad de una vida* (2005), novela que significó el ingreso de Houellebecq en el circuito de los best-sellers de contratos millonarios y la exposición mediática.

Con cuatro novelas capaces de colocar el dedo en distintas lagas vinculadas a la experiencia de vivir hoy en Occidente, millones de lectores y acusaciones de machismo, misoginia e islamofobia —un cóctel sensible que, desde Europa, iría expandiéndose por cuestiones más allá de las literarias—, el personaje mediático Houellebecq "iba a empezar un recorrido propio. Desde el aspecto hasta la actitud, pasando por las incursiones en el cine y la música, el estilo exótico de la versión pública bouellebecquiana quedaría desde entonces abierta a la confusión permanente. Un cuadro que el ataque islamista a *Charlie Hebdo*, en simultáneo con la aparición de *Sumisión*, la novela que inaugura un presidente islamista en Francia, llevó a su punto máximo. Pero en el balance, y a pesar de los defensores y los detractores, ¿qué se ocupa de ofrecer hasta ahora Houellebecq? La respuesta está en sus libros y solo exige el esfuerzo de leer: una literatura de calidad.

Con el cine —predominantemente el de Alfred Hitchcock— como disparador de su producción, el artista Martín Sichiatti expone en la Galería Hache "Microfilms", una serie que trabaja en un cuerpo de obras visuales a partir del recuerdo de escenas emblemáticas de filmes de suspenso y espionaje. Si como decía François Truffaut, Hitchcock fue el primer cineasta que incluyó realmente al espectador en el juego cinematográfico a partir del

suspenso, los cuadros de Sichiatti ubican los dibujos como casilleros de un tablero donde lo lúdico entra como ilusión óptica, recorrido visual donde la mirada se fracciona entre la reminiscencia y la extrañeza. Como el ojo suturado por la tijera que Salvador Dalí crea para "Cuéntame tu vida" (1945), esa fusión de psicoanálisis y surrealismo que Hitchcock alucina con su lucidez de modernista pop.



JUEVES 3 DE NOVIEMBRE DE 2016 ■ SLT ■ REPORTE NACIONAL ■ 3

# Informe sobre el parque humano



→ JUAN MAYRA

La construcción de un autor debe estar sostenida con una escritura que lo sostenga como tal. El polemista Michel Houellebecq desaparece de inmediato cuando el lector entra en su obra.



Porcos escritores convocan como Michel Houellebecq la figura del escritor, es decir, el mito personal que crece detrás o al costado de su obra literaria y que la alimenta o la opaca. Apariciones públicas escandalosas, autosestrosos, amenazas de muerte, una sostenida militancia en la misantropía y el aislamiento. Empeñada en hacer su aporte a la excentrica y controvertida personalidad del francés, la realidad hizo lo suyo cuando la novela *Sumisión* desembarcó en las librerías, a principios de enero del año pasado, en perfecta sincronía con la lluvia de balas que arreció la redacción de la revista humorística *Charlie Hebdo*, matando a 12 personas e hiriendo a otros tantos. Dos fundamentalistas religiosos, portando sendas AK-47, coincidían en la fecha elegida para alocación infelices con el día del lanzamiento de la última obra de un autor que aborrece los credos, fue tachado innumerables veces de islamofóbico y homofóbico. Es así, pero algo parecido a la fe resurge en él si a misa o al participar de un entierro.

Todos conocemos las polémicas, los avatares judiciales que Houellebecq debió atravesar, y recordamos las frases picantes

que nos arrancaron una sonrisa socorrona. "Francia es un país sin-niastro y administrativo"; "Cuando uno lee el Corán, uno queda consternado. La Biblia, por lo menos, es muy bella, porque los judíos tienen un increíble talento literario". Pero detrás de esa borrarca, que cuenta con la complacencia performática del novelista y es celebrada por los agentes de prensa del mercado editorial, hay un escritor que, a esta altura, ningún lector atento puede soslayar.

Casi no existe zona urticante, superficie dañada del cuerpo social contemporáneo y occidental que su implacable bisturí no haya rasgado y escarabado con saña para describir lo que encuentra debajo con su mirada de etnógrafo perverso. El turismo sexual, la manipulación de los medios masivos, el *boom* inmobiliario, la seducción del discurso científico (pero también la grieta de los implacables de arriba), la revolución sexual, el gurú tecnológico (Steve Jobs) y la estrella pop del

momento (David Bisbal), las sectas, la palabra sagrada del editor como celebridad cultural (Philippe Sollers), los experimentos genéticos.

Houellebecq se vale de un tono ligeramente asordado para narrar las vicencias que constituye la biografía de sus personajes, porque estas vicencias serán perturbadas, entre párrafo y párrafo, por un registro ensayístico que irrumpe para rescatar un acontecimiento histórico o social, o aportar jocosas observaciones de cualquier campo del conocimiento, sea de la Física, la Biología o la cultura general. El paisaje humano retratado a través de un exquisito ojo clínico que de la experiencia particular obtiene conclusiones para un panorama más amplio, diseminando en sus páginas cápsulas de sentido sociológico: allí reside toda la seriosidad de su prosa. Luego de una sólida escena de *Le parti des hommes*, por el que el autor no indaga en los sentimientos de la víctima, sólo expone los motivos de una conducta: "Prácticamente todas las sociedades animales funcionan gracias a un sistema de dominación vinculado a la fuerza relativa de sus miembros".

Las muchas escenas de sexo contenidas en sus libros abarcan un amplio arco que va desde la insatisfacción, la carencia de deseo y la masturbación frustrante hasta el sexo en abundancia, mecánico, pleno: un catálogo explícito de cuerpos y poses, de penetraciones y succiones. Eternamente acusado de misógino, el francés ha salido a defenderse con lo mejor que tiene, sus ideas sobre la Literatura. "Me reprochan que siempre mato a las mujeres, lo que pasa que me cansan más las mujeres. Pero no soy malo, me parece que los personajes me salen bastante bien y, a pesar de que soy un escritor no tan bueno como Dostoievski, que es quien más me ha marcado en mi adolescencia por cierto, junto a Pascal, creo que más mujeres me salen mejor. Me parece que a él las mujeres no le interesaban demasiado. A mí sí. Y hay que interesarse por esas personas, porque una vez que llegas a nada."

Una tensión recorre de punta

a punta toda la obra de MH: la que existe entre el individuo y el desprecio por parte del mundo capitalista, con su consumo de masas igualador y el grosero asedio de la publicidad, hacia cualquier artillo de individualismo real. Un conflicto que el ingeniero informático de *Ampliación de campo de batalla* expresa de este modo: "Me deprimó amablemente". La lógica de las sociedades posindustriales demanda una erosión continua, una aniquilación, un corrimiento del ego hacia lo masivo, hacia el ridículo de la sobreexposición, cuando no directamente hacia el patetismo o la desesperación. Los personajes de sus novelas suelen ser egos degradados a quienes, como el mismo autor afirmó de François, el profesor universitario de *Sumisión*, les ha sido quitado todo lo que tenían. Algo que Bruno, el hermano fallido de *Las partículas elementales*, expresa así: "Me gustaría creer que el yo es una ilusión, pero eso ni impide que sea una ilusión dolorosa".

Se ha dicho de Houellebecq que es el escritor contemporáneo decidido a meterse con un entorno que desprecia, a embarrarse con un mundo que ya no lo desea. De allí extrae toda la amarga vitalidad que destilan sus novelas, y por eso cada nueva obra, aunque lo acusen de repetirse, todavía produce sacudones en el panorama literario actual. Difícil resistirse a los encantos de este clínico muy bien informado, especialista en estudiar órganos y sistemas en descomposición de Occidente, a los que disecciona en el laboratorio de su prosa directa, inteligente, adictiva y descarnada.

Con las formas de la ficción, Houellebecq opera como un pesimista antimoderno (lo que le permite cierta melancolía, sentimiento velado para la modernidad) que con cada entrega produce un mundo más desolado de las cosas y arroja su diagnóstico desencantado, del que sin embargo salva unos pocos materiales humanos nobles, arcaicos, entre ellos esa disciplina a la que recurre cada vez más seguido y que conocemos como poesía.

DIOS EXPLICADO  
PARA NIÑOS

La abstracta idea de un ser todopoderoso explicada en doce oraciones simples y contrapuestas, graficadas en ilustraciones modernas y precisas: así es *La cuestión de Dios*, un libro concebido para abrir el diálogo con los niños acerca de todo lo que implica la fe y su ausencia, las religiones, la superstición, el concepto

de destino, la moral, los libros sagrados, las controversias que abre y las actitudes humanas que devienen de cada posición. Y deja espacio al lector para que conforme sus propias posiciones. Su autor, Oscar Brenifier, es precursor del movimiento de filosofía con niños y de la pedagogía del debate. Jaques Després, utiliza la

ilustración digital para dar al libro una impronta de contemporaneidad que actualiza la disputa milenaria. Toda la colección, elaborada por los mismos autores, vale la pena y merece ser parte de todas las bibliotecas familiares y escolares. *El bien y el mal*, *El sentido de la vida*, son otros de sus títulos.



## CONTRATAPA

➔ Luis Mer

## El sigilo de la belleza

Algunos textos de Michel Houellebecq pierden lectores no por su calidad literaria, que siempre sigue siendo deslumbrante, sino por falta de polémica. Aquí un ejemplo de esta injusticia.

Llegué a Michel Houellebecq poco después de que se publicara con sirenas de incendio *Las partículas elementales*. Ya se debatía, entre editores de Anagrama y escritores virgenes—yo, en ambas, la pronunciación de su apellido. Muchos años después aclararía la cosa —la polémica, ya desde su nombre— un librero con blog a través de un consenso logrado en video. *Uelbe*. Por lo pronto, losya no tan adictos a Anagrama de aquella época aclaraban, mucho más bajito que las sirenas con que se recibía a *Las partículas elementales*, que el libro del autor en cuestión que había que leer era *Ampliación del campo de batalla*. Un par de años después, finalmente, di con ambos. Me sumé en su lectura. Encontré, primero en *Las partículas elementales*, un poco a un viejo compañero de trabajo que alegaba: yo no discrimino, odio a todos por igual. De todos modos, bueno, era divertido. Tenía algún dejo de lo que se perdió allí lejos con la obra maestra de Céline, *Viaje al fin de la noche*. Un poco de la búsqueda de Bukowski pero con mejor poética maquiquillo con algo de los estroicos griegos que había por ahí y hay que ganar la batalla de Platón y haberlos morir en la paz por aburrimento. Una voz que encontré lejos de la situación narrativa de construcción de personaje. Pero, de todos modos, lo mismo seguía leyendo.

Tal vez, empecé a pensar, el truco era mejor de lo que imaginaba:



yo creía insistentemente con que ese sujeto narrador era sin lugar a dudas el mismo M.H. Pero quién sabe, me dije. Tal vez es eso: solo un truco. ¿Idemotóbico? Hubo un juicio ridículo por aquel entonces, muy cercano a mi lectura. Un tipo dando explicaciones por una creación literaria me puso, entonces, del lado del tipo que yo creía que me respataba solamente porque mi moral se veía escupida un rato. ¿Qué moral? Ni que tuviera algo para decir en esa cruzada, en ese instante. Seguí un poco el juicio y sentí, entonces, que creyendo haber pasado la Guerra Fría ni siquiera, en realidad, habíamos salido de la Edad Media.

«Entonces», se dijo en *Platón*, y cuando el caballo se irguió, hacia atrás: *Ampliación del campo*

*de batalla*. Ahí sí que encontré una voz cruda. Una hipóbole, tal vez, del tono verdadero del autor. En otras palabras: un narrador. Al mismo tiempo, Fernando Vallejo mejoraba bastante el registro de taxista hiper furioso e inmovilizable que basaba —también con menos poética— su arte en la opinión. ¿Cuántos pudieron hacer de la opinión una obra real, contundente y visceral? Muy pocos. Narrador que opina, narrador que muere en el deseo de imponer alguna tonta idea del autor. En *Ampliación del campo de batalla*, la angustia de nuestro antihéroe cincelaba la gracia del hastío del hombre 9 a 18 como hacía rato —por no decir nunca, nunca es de

estados de los otros, pero el dolor —no encontraba. Aplausos y vítores, entonces, para aquel momento que yo festejaba, incluso, porque el libro salía de una editorial pequeña y se subió irrepresivo a pisotear la escotilla de cualquier tanque.

Después, bueno: la adicción. La cárcel. Aquello de Wilde: mejor que hablen de uno es que no hablen. M.H se transformó, quizá, en el alimento literario del yonqui de periódico. Del que toma el *pinta tu aldor* y lo deforma al punto de proclamar que si no se habla de actualidad, no se habla de nada: que no hay creatividad sin el dedo hacia el titular del diario de ayer, de hoy y de mañana. Hoy, Houellebecq, para mí —yo, acá, alimentando esa cuestión, tal vez otra vez en las redes del truco de M.H.—, se erige como el portavoz —narrativo, en libro— del portavoz —narrativo, en periódico— de los que manejan los hilos de los discursos del medio pelo.

En *Ampliación del campo de batalla*, el protagonista, con una vanidad, defendiendo una joya suya

a capa y espada: *Lanzarote*. Una novelta con el encanto de una isla casi sin vegetación, llena de roca y roca por todos lados, donde M.H —alguno vez ingeniero agrónomo—, convence a cualquiera de que el hombre se puede parar en una roca y hacer crecer algo. Por ejemplo, una yacerías fascinantes. Y regalarme por un rato la idea de que a este francés con cara de cansado le hace falta amor: al que hace crecer en cualquier hendidura. ¿Por qué nadie leyó *Lanzarote*? Porque no es una novela que le interese a los medios. Porque tiene estilo, simplicidad, profundidad y gracia. Lo peor que generó *Simión*, en estas cosas, fue la idea de que, en estas de toque de queda, de doctrina del shock, para ocultar ese brevísimo y hermoso texto: *Lanzarote*. Todo lo otro será posiblemente un marro que interpele a quien se vea interpelado por el mundial ruido dentro de esa prisión.